

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Del dicho al hecho, por doña Micacela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—GRABADO: Silla rústica.—LAMINA: Figurin, núm. 785.

EDUCACION É INSTRUCCION.

ILUSTRACION.



AY algunas cualidades en las niñas que se les imponen ó las aprenden como por costumbre, ó instintivamente; pero hay otras, y son las mas, para las que es preciso hablar á la razon, y por esto nuestra insistencia en recomendar la educacion intelectual, el desenvolvimiento de esas facultades tan importantes para guiarlas debidamente.

Si la razon distingue á nuestra especie de las demas, claro es que la razon no estando cultivada tiene que cultivarse; pero serian inútiles los esfuerzos de las madres y de las profesoras si las niñas, desconociendo la importancia de ese cultivo, no contribuyeran á él poniendo de su parte la multitud de medios de que disponen. Y no basta con esos medios de voluntad, casi materiales, no, es preciso que sea la inteligencia misma la que obre, y que las niñas se valgan de ella como de un instrumento que Dios ha puesto á su alcance para su mayor brillo y enaltecimiento.

Esa facultad á la que hoy se rinde tanto culto, que nuestra sociedad estima en tanto, es imprescindible en la mujer, y la necesita á cada instante y en toda su vida. De niña para distinguirse entre sus compañeras y condiscípulas, sobresalir en las lecciones y en cuanto se aprende, y poder ser presentada como modelo á las demas, empezando así á labrar su venturoso porvenir: de jóven para guiarse por su misma inteligencia en las tortuosidades que presenta á cada paso el camino de la vida, y poder emplear

2.^a ÉPOCA.

esa facultad en las mil circunstancias en que tendrá necesidad de ella; y de madre de familia, de señora de la casa, tiene entonces que hacer de ella un doble uso, porque la necesita para sí, para los hijos y para cuantos la rodean y á quienes tiene que gobernar. En ninguna circunstancia se muestra mejor la inteligencia, y se aprovecha la ilustracion, y en ninguna se ven mejor sus benéficos resultados. Templo de la mujer, el hogar, en él irradia su gloria cuando sabe conquistarla y merecerla.

Si es de tanta necesidad la ilustracion, ¿qué mucho que se la atienda desde los primeros años? Cuando las madres y las profesoras saben escoger los libros que han de aprender las niñas, á estas corresponde leerlos y estudiarlos de manera que los comprendan. No basta aprender las lecciones de memoria y decirlas como un papagayo, porque entonces se asimilaría la niña á esta ave; necesita hacer mas, porque tiene otra inteligencia y una razon que cultivar; necesita explicar lo que aprende y demostrar que ha comprendido lo que significa, y aunque no podamos exigir en las niñas que lean en lo blanco de los libros, debe exigírselas que comprendan y puedan explicar lo que estudian.

Este es el mejor medio de educar y desenvolver esa facultad de tanto precio, y que no pueden estimar las niñas en todo su valor. Afortunadamente, la ciencia y la industria, se esmeran hoy á porfía en facilitar los medios de obtener maravillosos resultados, y obtenerlos de una manera sencilla y entretenida. Con juguetes se adquieren nociones de geografía, de historia natural, de literatura, de física, y hasta aparatos fotográficos al alcance de la niñez. Así que, no faltando ninguno de los medios naturales de conseguir el mas completo y cabal desenvolvimiento de la inteligencia, y de poseer una completa ilustracion, es una falta grave el no emplearlos cuando de su uso provienen tantos beneficios. Y de este abandono no culpamos tanto á las niñas como á las personas encargadas de su instruccion que, ó son abandonadas, ó

ignoran esos magníficos é importantes medios, y si los ignoran, deben lamentar esa ignorancia, porque prueba que no han cultivado su inteligencia, y aquí se ven los resultados, viniendo á recaer en los seres para ellas mas queridos. ¡Qué pena no debe ser para una madre el ver que no puede estar á la altura de la ilustracion debida para que de ella no carezcan sus hijas! Por fortuna en casi todas las madres que aman á sus hijos suple el amor lo que falta al saber, y con ese instinto maternal saben buscar lo que sus hijos necesitan para ser instruidos, y provéen casi inadvertidamente á sus necesidades como la naturaleza á la de los pajaritos. De todos modos, la niña que desee saber tiene medios de facilitar el camino á los desvelos maternos, y demostrar que no en vano posee una facultad que Dios ha concedido á las criaturas y que nos distingue de las demas especies.

A. PIRALA.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

XVIII.

De Leonor á Adela.

¡Creo que Camila por esta vez decia la verdad! Después de un año y medio de ausencia, Rafael ha vuelto á Madrid, con su esposa y con su hijo.

Esta mañana fuí á verlos con mi tio, y Leopoldo nos acompañó. Mercéd á una torpeza de los criados, nos introdujeron en el despacho, y pudimos sorprender el mas bello y dulce cuadro que haya soñado jamás la fantasía!

Rafael estaba sentado delante de una mesa de escritorio, Rosa delante de un costurero, y entre ambos se veia una cunita de mimbres, en donde descansaba un niño.

Aunque Rafael tuviese en las manos un abultado libro, aunque Rosa diese vueltas á su labor, ni él leia ni ella cosia: los ojos de entrambos estaban fijos en el niño, que á su vez los miraba y se sonreia....

Es imposible pintar la espresion de suave gozo que animaba el semblante de los dos esposos: parecia que para ellos el mundo entero estuviese encerrado en aquel reducido aposento, todos los tesoros de la tierra en aquella modesta cuna! De su travesaño, Rosa habia colgado un manojito de cerezas, brillantes y sonrosadas, y era de ver el alborozo del niño que se afanaba por cogerlas, las risas de sus padres al ver la inutilidad de sus esfuerzos!...

Cuando entramos nosotros, los dos se ruborizaron, pero pronto cedieron á su carácter franco y es-

pansivo; nos hicieron testigos de su vida íntima, tan dulce y uniforme, de su mútuo afecto, de sus tranquilos goces!

Salí de aquel santuario de la dicha humana con el corazon oprimido, y me costaba trabajo contener mis lágrimas.

—Ah, pensaba con una indefinible tristeza, cuánto, cuánto se engaña la mujer buscando la felicidad en el tumulto del mundo! Cuán errada es la senda que escoje para llegar á ella! El pájaro solo es feliz aleteando en el espacio, el pez meciéndose en las ondas azuladas, y hasta el gusano de seda labrando el capullo que debe servirle de sepulcro! La mujer solo es feliz depositando en otra alma los effluvios de la suya; solo se siente verdaderamente dichosa reinando entre las cuatro paredes de su casa, y evocando la sonrisa en los labios de su esposo, en los labios de sus hijos.

Leopoldo iba á mi lado cabizbajo y pensativo.

En aquel instante, como si respondiese á mi secreto pensamiento, exclamó en voz baja:

—Esa es la única felicidad de la tierra, ¿no es verdad, Leonor?

—¡Oh, sí, la única, respondí con desaliento; pero esa dicha no se ha hecho para todos!

Leopoldo me miró de hito en hito, y luego preguntó con voz temblorosa:

—Por qué, Leonor, por qué?

Moví tristemente la cabeza sin contestar á su pregunta.

—Pues yo, repuso Leopoldo conmovido, yo aspiro sin cesar á ella!...

—¡Oh, Vd. es distinto! dije sin calcular el valor de mis palabras. Vd. es digno de obtenerla! ¿Qué mujer no se considerará feliz con el título de su esposa?

Leopoldo volvió á mirarme fijamente.

—Lo piensa Vd. así? añadió respirando apenas.

—Con todo mi corazon!

—Y diria Vd. lo mismo si Vd. fuese la elegida?

Me sobrecogió un temblor convulsivo al oir estas palabras; un velo oscureció mi vista... quise hablar y no supe qué decir...

Llegábamos á mi casa. Rosa me habia dado un ramillete de flores... Cogí un pensamiento, y se lo presenté á Leopoldo con mano temblorosa....

Luego entré en el portal, y me refugié en mi cuarto sin poder apenas darme cuenta de cuanto habia pasado.

¿Ha sido esto una declaracion, Adela? ¿Te parece que haya sido una declaracion?...

Mi tio me manda á llamar... Qué querrá mi tio?.. No concluiré esta carta sin decírtelo.

.

¡Albricias, Adela, albricias! me ahoga la alegría!

Hallé á mi tío solo en su aposento, y despues de abrazarme y decirme mil cosas cariñosas, me manifestó la conveniencia de que pensase ya en tomar estado.

No sé que presentimiento secreto me hizo esperar que me hablaria de Leopoldo; pero no fué así.

—Eh! eh! me dijo con su tono bondadoso. Tenemos muchos aspirantes á esa linda mano, y los hay de todas edades y categorías. Entre ellos casi merece la preferencia el señor de M... rico capitalista, que te daría todo el esplendor apetecible. ¿Qué te parece á tí?

—Que es demasiado rico y demasiado viejo. El fausto no es la felicidad, y yo creo que el matrimonio debe tener por base igualdad de edades, y por consiguiente de hábitos y gustos.

—Tienes razon, y el Conde de R.?... Este no dirás que es demasiado viejo?

—Oh, no; somos de una misma edad, pero él es de una nobleza antigua, y acaso con el tiempo me eche en cara la diversidad de nuestra cuna. El matrimonio debe tener tambien por base igualdad de clase, igualdad de posicion.

—Veo que eres muy sábia, y que dentro de poco tendremos que adornar tu frente con la borla del doctorado! y C.?..

—¡Oh no! ese es demasiado jóven, yo le llevo á lo menos cuatro años, y esa desigualdad de edades suele ser mas funesta cuando recae en la mujer.

—Entonces N.?..

—Tampoco, querido tío, y no es que yo no le aprecie en lo que vale, pero su escasa fortuna no es sólida, y la educacion que ha recibido desmerece de la mia.

—De modo que no hallaremos novio que te convenga!

—Me parece que no, respondí riendo.

—Calle! todavía me queda uno de reserva, prosiguió mi tío observándome atentamente.

—Quién? quién? pregunté con ansiedad.

—El hijo de un honrado militar como yo, de un antiguo compañero, con quien podría entenderme fácilmente, y hablar de mis campañas.

No es tan rico como tú, pero posée algunos bienes de fortuna y una carrera honrosa, en la cual sabrá bien pronto distinguirse...

El nombre de Leopoldo acudió á mis lábios, pero no lo pronuncié.

Hubo un momento de silencio.

—Quisiéras casarte con Leopoldo? balbuceó al fin mi tío con una emocion profunda.

Yo me arrojé en sus brazos, escondí el rostro en su seno, y dije vertiendo un raudal de lágrimas:

—¡Daria todos los dias gracias á Dios, por haberme hecho tan dichosa!

—¡Leopoldo! Leopoldo! gritó mi tío con transporte.

Era inútil que le llamase!

Cuando volví la cabeza me encontré en sus brazos.

Me caso dentro de un mes...

Ven, Adela, ven!.. Ven á cumplir tu promesa de acompañarme al altar, y dáme mil parabienes, porque creo que voy á ser la mujer mas dichosa de la tierra!

ANGELA GRASSI.

FIN DE LA ENTRADA EN EL MUNDO.

DEL DICHO AL HECHO.

I.

Hace algunos años existia en el pueblo de Bourg, cercano á las fronteras de Alemania; una especie de hotel, pomposamente decorado con el título del *Aguila imperial*. En frente del hotel veíase una tienda engalanada con dos relucientes vacías, cuatro vetustas cornucopias y seis taburetes forrados de veludillo carmesí. Sobre la pintarrajada puerta leíase, (por cierto en letras muy gordas): *Se afeita, corta y riza el pelo á la marsellesa*.

Maese Berú, que así se llamaba el dueño de dicha tienda, era un mozo de baja estatura y elevado tupé, no mal parecido, y dotado, segun decia él mismo, de un gran fondo de filosofía, por lo cual miraba con el mayor desprecio las fútiles vanidades del mundo, y con la mas generosa indignacion el egoismo de los hombres que gastan en satisfacer sus caprichos, el oro que la Providencia puso en sus manos para mas útiles fines. Peroraba contra el lujo de los ricos, y se consolaba de ser pobre, despreciando altamente la riqueza.

Maese Berú habia nacido en Marsella, no sabemos porqué razon se había establecido en Alsacia: la de haber abandonado la Provenza, esplicase fácilmente por aquello de que ninguno es profeta en su pais, y á Maese Berú le agradaba en extremo darse tono, como les sucede á otros muchos que se precian de modestos y despreocupados.

Segun voces que corrian por el pueblo, el peluquerillo no miraba con malos ojos á la sobrina y ahijada de su vecino el fondista, y en eso daba prueba de buen gusto, porque Ninetta era una de las mas lindas y amables criaturas que se pueden imaginar: la pobrecilla se habia quedado huérfana y sin recursos, pero halló un segundo padre en Maese Toppet, hom-



bre honrado y sencillo si los hay, aunque poco amigo de aflojar la bolsa, ó por lo menos cargado de otras obligaciones, que le impedian dotar á su sobrina; de modo que no podía culparse á Berú de interesado; así es que tronaba contra los hombres que se casan por especulación.

Una mañana de Julio notábase gran movimiento en el hotel; Maese Toppet no cesaba de ir y venir de un lado á otro dictando sus apremiantes órdenes á los mozos y criadas, y estas y aquellos corrían apresuradamente á ejecutarlas, mientras el motor de aquel extraño movimiento permanecía parado en frente de la puerta; era este un gran coche de camino, que por el lujo de sus arreos escitaba la curiosidad de los muchachos y vecinos, agrupados junto al espacioso vehículo.

—Maese Berú: salió diciendo una buhonera que solía establecer su puesto en la esquina inmediata. ¿Qué os parece del viajero que se ha bajado del coche? ¡Vaya un señor gordo y rollizo! ¡Bien se conoce que pasa buena vida!

—Lo que se conoce desde luego, madre Berta, repuso el interpelado, es que tiene mas fornida la panza que la mollera.

Esta salida epigramática provocó la risa de los oyentes, y no fué la buhonera quien menos la celebró, pero despues tomando un aire sentencioso, exclamó: ¡Fortuna te dé Dios hijo, que el saber poco te vale! yo lo que veo es que los hombres de talento, como vos, caminan un pié trás otro sobre los guijarros, mientras los afortunados van en coche.

—Eso es positivo, madre Berta, lo que yo pongo en duda, dijo el peluquero encojiéndose de hombros, es el mérito que han contraído para gozar de tales prerrogativas. ¿Qué servicios habrá prestado á la sociedad ese panzudo viajero, que así pasa la vida holgando, mientras los demas sudamos el quilo para ganar un pedazo de pan?

—Te quieres callar parlanchin! exclamó de improviso una voz fresca y argentina, que hizo volver los ojos al peluquero hácia la puerta de la fonda, por la cual asomaba la rubia cabecita de Ninetta.

—¡Hola, hola, curiosilla! exclamó el peluquero alegremente, ¿nos estabas escuchando? Eh?... y por qué razon no he de ser dueño de hablar lo que me parezca?

—Porque no se debe hacer burla de nadie, contestó Ninetta entre risueña y enojada, y menos de los superiores; el viajero, para que lo sepas, es todo un señor Marqués.

—¡Todo un señor Marqués! repitieron los del grupo haciendo un gesto de admiracion respetuosa.

—Y tú cómo lo sabes? preguntó el peluquero, en quien no hizo mella el título como en los otros, ó si la hizo, fué para mostrar un gesto desdeñoso,

que significaba: ¿qué me importan á mí esas vanas distinciones del mundo?

—Lo sé, repuso la jóven acercándose al grupo, porque sus criados han dicho: —El señor Marqués no tiene por costumbre bajar al comedor; hay que poner la mesa en la sala grande, junto al balcon.

—Junto á ese? preguntaron á coro tres ó cuatro mujeres levantando los ojos hácia el sitio indicado, ¿y habeis puesto ya la mesa?

—Se la están poniendo sus lacayos, dijo Ninetta, recalando la frase; por cierto que no les ha parecido bastante buena la vajilla que tenemos reservada para las grandes ocasiones, y han sacado de un estuche forrado de cuero el servicio de su amo, que todo el es de plata lisa y reluciente como un espejo, menos la copa, que á mi ver es de oro, y tiene mas labores que un relicario.

Estas palabras no disminuyeron la curiosidad de las vecinas, cuyas chispeantes miradas hubieran querido incendiar la fastidiosa cortina que las privaba de fisgar lo que había dentro de la sala; las pobres mujeres hubieran cedido su almuerzo á trueque de presenciar el del afortunado viajero.

—¡Orgullo y miseria humana! exclamó el peluquero arqueando magestuosamente las cejas. Es decir que los Marqueses no pueden comer y beber como los demas cristianos, necesitan cuarto y servicio aparte, á fin de no rozarse con el vulgo. ¡Qué bien dijo Salomon: Todo en el mundo es vanidad de vanidades!

—Vamos! no empieces ya con tus sermones, dijo Ninetta por lo bajo, es preciso tener caridad con el prójimo.

—¿Con el prójimo, eh? repuso el peluquero soltando una carcajada. Falta saber si el señor Marqués nos tiene por tales. No has oido con que imperio le ha dicho á su criado:—German, despacha, ¿no estás viendo que te aguardo? Y todo porque se habia detenido un momento á saludar á Maese Toppet, como estaba en el órden. ¡No parece sino que porque un pobre diablo esté sirviendo no ha de tener buena crianza para contestar á un saludo! ¡Cuándo yo digo que su amo es un ente insoportable! un tirano que á todos quiere avasallar!

—Mucho sentiria que acertases! dijo Ninetta bajando la voz, porque, segun ha dicho su criado, piensa casarse muy en breve con una señora riquísima, y á eso van al Ducado de Baden.

—¡Por supuesto que será muy rica! exclamó Berú con sarcasmo, porque si no lo fuera, de seguro que nose tomaria el trabajo de ir á buscarla tan lejos. Esa gente solo se casa por especulación. Apostaré que ni siquiera conoce á la novia.

—¿Pero tú qué sabes? preguntó Ninetta con enfado. Buena cosa es que siempre has de juzgar malamente á las personas, cuando no las conoces!

—El caso es, repuso el filósofo, que aun las juzgo mucho peor despues que las conozco.

—Vamos! eso si que no es verdad, exclamó la jóven con tono conciliador, eres un buen hombre, y sabes hacer al mérito justicia; eso me consta.

—¡Ah, picarilla! respondió su amante guiñando el ojo. ¡Cómo sabes que aprecio el tuyo en lo que vale! Si yo me hallára en el lugar del Marqués no iria tan lejos á buscar la novia. ¡Pero ya se vé! no todos piensan como yo. A mí lo que menos me importa es el dote; para eso tus ojos valen mas que todo el oro del mundo.

—¡A qué vendrá eso ahora! exclamó Ninetta poniéndose colorada. Y no sabemos si de gusto, de rabia ó de vergüenza, pero ello es que miró á Berú de un modo halagüeño, y despues fijo la mirada en el suelo con cierto airecillo de satisfaccion.

—Viene á que yo quiero decir en alta voz, que para mí valen mas la hermosura y la virtud que todas las riquezas y honores del mundo, y por eso no ando á caza de novia rica, como ese coscon de viajero.

—Dále con el viajero! exclamó su defensora, ¿por qué no ha de tener un corazon tan bueno como el tuyo?

—Porque yo soy un ente original, una excepcion de la regla, y estoy por decir que mi corazon no tiene igual en el mundo; por eso me indigna que los hombres hagan un uso tan detestable de la riqueza; lo que para ellos no es mas que un instrumento de que se valen para satisfacer su vanidad y egoismo, para dar pábulo á sus vicios ó fomento á su avaricia, entre mis manos seria una palanca poderosísima para remover los obstáculos que se oponen á mis grandiosos planes. Si yo fuera rico, cuántos males remediaría!

—Eso aun está por ver, compadre, salió diciéndo la buhonera. ¿Quiéres conocer á Juanillo? dále un empleillo, decia mi difunta suegra; y yo digo que con el dinero sucede lo mismo que con el vinó, el que se ve harto pierde la cabeza, se atufa y entontece, de modo que no se acuerda de lo pasado: *Del dicho al hecho....*

—No soy yo de los hombres que se dejan llevar por el viento como si fueran globos ó cometas, gritó el peluquero con tono arrogante. Mis principios son tan firmes como el asiento de los Alpes, y antes que faltar á ellos, faltaría el sol que nos alumbra. Sé muy bien lo que quiero y lo que debo; no es fácil que llegue á ser rico, eso es verdad, porque la fortuna exige que los hombres se *bajen* á recoger sus dones, y yo gusto de llevar la cabeza muy erguida. Sin embargo, señores, si por un extraño capricho de la suerte llegase á verme millonario, seguro estoy de que todos me veriais lo mismo que ahora; justo, llano, generoso y bueno, como he sido hasta la hora presente.

Como se deja conocer no pecaba nuestro seudo filósofo de una excesiva modestia, ni era su flaco la desconfianza de sí mismo; tan fácil para persuadirse de su propio mérito, como difícil para reconocer el ageno, todo cuanto al prójimo rebajaba en punto á moralidad y buen sentido, apropiábaselo sin escrúpulo, y creíase un perfectísimo dechado de virtudes, una lumbrera del siglo, un tipo que deberían los hombres todos imitar.

Berú habia servido en una barberia de París, villa que abunda en parlanchines; algunos acudian á la tienda de su maestro, y en ella repetian, á modo de papagayos, las palabras de otros hombres mas distinguidos por la riqueza de su imaginacion y el brillo de su talento, que por la solidez de su juicio y la verdad de sus doctrinas. Con esto, y algunas lecturas mal digeridas, hizo el buen hombre un amalgama de ideas buenas ó malas, y calificóse á sí mismo de filósofo, á la manera que algunos otros se califican de *sábios*, de artistas, ó de patriotas.

Una vez colocado en el terreno de las utopias esplayó las suyas en términos que al auditorio se le hizo la boca un agua, sintiendo que no pudieran realizarse, aunque fuese á costa de la vida de algun riquísimo indiano, que tuviera la feliz ocurrencia de nombrarle su heredero universal.

¡Qué planes los suyos! qué grandeza de alma! Solo para el bien de sus compatriotas ambicionaba el poder y la fortuna! El dia que Berú fuese rico, no habria pobres á su lado... ¿Qué suponian á sus ojos las distinciones del mundo? Nada, mas que orgullo y miseria humana, pobreza de virtudes y elevacion. «Esos vanos títulos, decia, no son mas que juguetes para entretener y acallar los deseos de los niños que peinan canas.»

Yo soy mas ambicioso, repetia Berú, mi aspiracion es mas grande, se cifra en dar ejemplo al mundo, haciendo ver que no es rico sino el que distribuye sabiamente la riqueza en provecho del mayor número, sacrificando la vanidad y el egoismo en aras de la humanidad y la filosofía.... Poco le faltaba ya para concederse por sí y ante sí los honores del apoteosis, cuando una voz, cuyo acento era extraño á su auditorio, vino á cortar el hilo de su peroracion.

—Buenos dias os dé Dios, señores, dijo el extranjero asomándose á la puerta del hotel.

Volviéronse los del grupo y contestaron al saludo del Marqués; con solo mirarle, quedaba desmentida la opinion formulada por el peluquerillo.

El buen señor aparentaba de treinta y seis á treinta y ocho años á lo mas, era grueso, rubio, frescachon y guapote como la mayoría de sus paisanos, los alemanes, y distinguíale á primera vista la dulzura, naturalidad, cortesanía y franqueza esparcida en toda su persona; así lo daban á entender su boca risueña, sus ojos impregnados de alegria y be-

nevolencia, y cuya mirada inteligente y pensadora revelaba un entendimiento privilegiado.

—Hermoso país! exclamó con acento sonoro, en él se debe pasar felizmente la vida.

—El hombre lo pasa bien en todos los países del mundo cuando busca la felicidad en sí mismo, respondió nuestro filósofo en tono magistral.

—Perfectamente dicho! exclamó el alemán inclinando la cabeza en señal de aprobación, y si habeis aprendido esa máxima en el libro de la experiencia, no dudo que sereis feliz. El hombre que tan bien comprende la felicidad, es muy justo que la posea.

—Phs! Se hace lo que se puede, respondió su interlocutor suavizando el tono. Cuando el hombre carece de fortuna debe proveerse de filosofía.

—Os quejais de la fortuna? Según veo...

—Yo no me quejo nunca, repuso Berú interrumpiéndole de un modo brusco, el que siembra quejas solo recoge lástimas! Yo trabajo, sufro, y espero.

—Haceis perfectamente, amigo, el hombre honrado y trabajador nunca debe perder la esperanza de mejorar de fortuna; esta es como la lotería, reparte sus lotes á los que confían en ella.

—Eso me hace acordar de la rifa del Castillo, exclamó Ninetta con vivacidad.

—¿De qué castillo, niña? preguntó el Marqués encarándose con la linda posadera.

—De uno que se rifaba en el Ducado de Baden, según nos dijo un extranjero que pasó por aquí hace algunos meses, y tanto habló de la dichosa rifa, y de la riqueza de los dominios, que me dieron ganas de que Maese Berú le comprara un billete, que me dijo cedería en obsequio mio. Berú se resistió un poquillo á dar el importe, pero al fin cedió á mi súplica. No sé porqué me daba el corazón que habia de tener suerte por ese camino.

—Si es el que yo me figuro, dijo el Marqués, se ha rifado ya. ¿No hablais del castillo de Robenbourg?

—Sí, señor, ese nombre tiene, si no estoy desmemoriado, dijo el peluquero echando mano al bolsillo; hé aquí el billete, añadió sacando un impreso de su cartera. En efecto, dice así: «Se rifa el dominio de Robenbourg, situado en las inmediaciones de Badewille, á la entrada de la selva negra; la estracción se verificará el día...

—Veinte de Junio, prorumpió el alemán interrumpiendo la lectura, es decir, que se ha verificado ya.

—Válgame Dios! exclamó Ninetta algo mas desanimada. ¿Quién habrá sido el afortunado?

—El que ha tenido la suerte ó el acierto de tropezar con el número sesenta y seis, dijo el Marqués con aire de satisfacción.

—Cómo!! Qué decís? preguntó el peluquero tambaleándose y mudando de color, el número sesenta y seis ha salido premiado? Estais bien seguro?

—Segurísimo, sí señor, afirmó el viajero, lo he visto anunciado en la Gaceta de Francfort, y arriba tengo el periódico, que nó me dejará mentir.

—En ese caso, exclamó el peluquero con voz trémula y agitada, el castillo es mio.

—Vuestro el castillo? gritaron á un tiempo seis ó siete voces, entre las cuales no se oyó la de Ninetta que habia enmudecido de sorpresa y alegría.

—Mirad bien lo que decís, exclamó el Marqués acercándose á Berú con precipitación.

—Bien mirado lo tengo, repuso Berú levantando el billete por encima de su cabeza. ¿Qué duda cabe? Aquí están bien marcados los dos seises.

—En efecto! exclamó el Marqués palideciendo; mas despues que hubo mirado bien el número, pareció recobrar su habitual sonrisa, hizo un ademán como si fuese á decir algo... pareció reflexionar despues, y por último se retiró diciendo: ¡Me alegro mucho! De todas veras que me alegro!

Maese Berú, que pecaba de juicios temerarios, no estrañó la vacilación del Marqués, atribuyéndola á un sentimiento ruin, y por si acaso guardó su billete, sin volver á sacarle de miedo que alguno se le escamoteara.

El afortunado industrial no se daba manos para recibir los apretones que á la suya prodigaban. El buen hombre, atortolado, no sabia si aquello era realidad ó sueño; palpábase la frente, y miraba en torno suyo, como para cerciorarse de que no dormia; poco á poco la duda se fué desvaneciendo, y cuando esta se trocó en certidumbre á vista del periódico oficial que le habia remitido el Marqués para que viese los pormenores de la estracción, creyó ahogarse de alegría; mas luego se fué serenando, y fuerza es confesar que se portó de un modo conveniente á sus principios, porque si el filósofo está obligado á mostrar fortaleza en la desgracia, no lo está menos á conservarse moderado y juicioso en la prosperidad. Esforzóse cuanto pudo para no desmentir sus teorías con la práctica, lo cual hubiera sido caer desde la elevada cumbre de sus principios, hasta la onda sima de las fragilidades humanas. La gran nueva se habia extendido por el pueblo, y todos los vecinos acudían en tropel á felicitarle.

Maese Berú estaba en sus glorias; sonreíales con magestuosa bondad, saludábalos desde lejos con la mano, dirijíales palabras afectuosas, proferidas con pausada entonación (que se complacia en escuchar él mismo); sus modales habian adquirido mas compostura y aplomo; de cuando en cuando estirábase las puntas del almidonado cuello del camisolín, y acariciábalas suavemente con la barba; pasábase la mano por el tupé, arreglándole de una manera altamente aristocrática.

(Se continuará.)

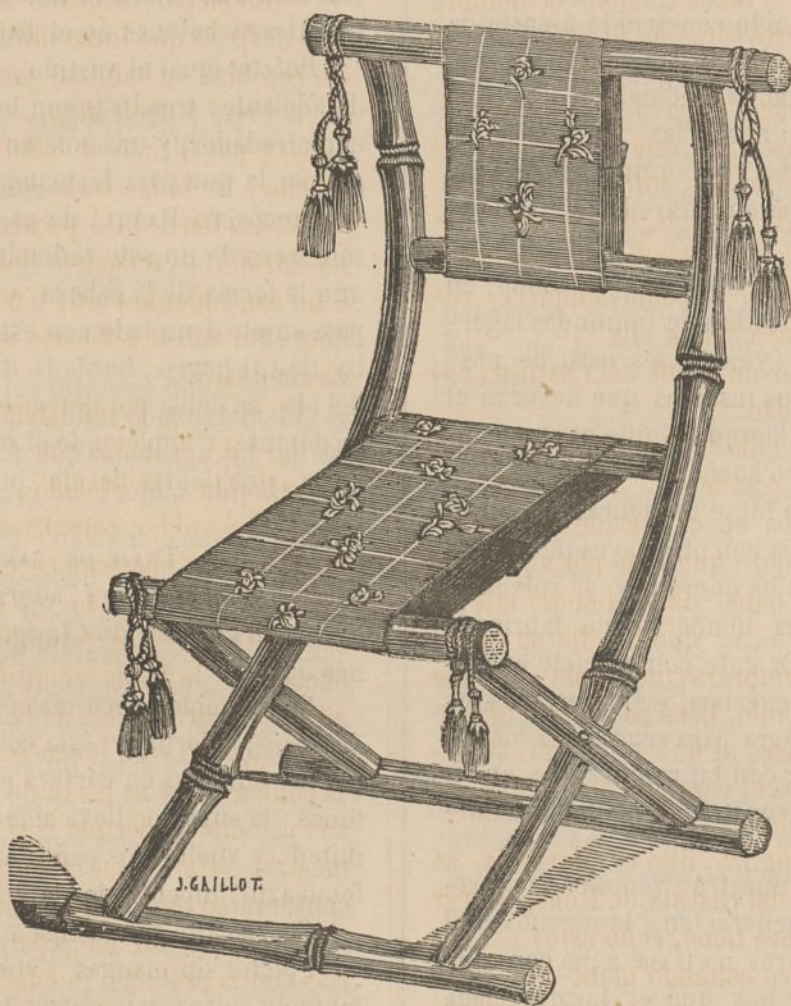
MICAELA DE SILVA.

LABORES.

Ya que hemos llegado á la época deliciosa de respirar la fresca brisa de los mares á la puerta de una alqueria, ó de una cabaña de pescadores; ya que estamos en los meses poéticos en que el alma se dilata contemplando el crepúsculo de la tarde entre la frondosidad de los jardines adonde nos llevó el deseo de hojear un libro que insensiblemente se escapa de nuestras manos, porque los ojos y el pensamiento se deleitan en los delicados conceptos que á esa hora de dulce misterio ofrece el libro de la naturaleza, reciban nuestras lectoras el modelo de labores de hoy como el amigo que les presenta el único auxiliar necesario para disfrutar tan gratas sensaciones. La *silla rústica* que representa el grabado que tenemos á la vista está destinada por su forma y ligereza á ser trasportada á la orilla del mar, ó bajo los frondosos castaños del bosque secular, ó junto al borde de la cascada que embellece el jardín. Los muebles de bambú disfrutaban de gran favor hoy entre las personas distinguidas, y entre todos nuestro lindo modelo tiene la ventaja de la propiedad.

Puede ejecutarse el asiento y respaldo de la silla en paño, ó mejor aun en cañamazo brasileño, necesitándose en ambos casos 55 centímetros de tela por 20 de ancho para el respaldo, y 85 de largo por 30 de ancho para el asiento. El bordado es de ramos sueltos sobre cuadros formados con cordon de seda maiz, y encima con estambres al pasado se borda un ramo de rosas, pensamientos ó margaritas, para las que se hallarán modelos en nuestros mismos pliegos de bordados, y sobre todo en el próximo que daremos el día 16. El punto de pasado no necesita relle-

no; no tiene mas exigencia que la de ir cubriendo el dibujo, que se marca antes en la tela, con los puntos tirados de una á otra orilla, combinando con gusto los colores. Los mas claros deben ponerse de seda, y lo mismo en el cañamazo que en el paño, si se prefiere este, y debe ser de medio color; se deja el fondo sin cubrir.



Silla rústica.

El armar la silla corresponde al tapicero, pero si lo que se quiere es renovar una que ya se tenga usada, puede hacerlo cualquiera señora por sí misma, cosiendo fuertemente por debajo ambos extremos de la tela, cuya costura queda en la mitad inferior, y anudando los cordones y borlas donde indica el modelo. Estos no son indispensables, pero contribuyen al buen efecto del mueble que nos ocupa.

J. G. BALMASEDA.

LAS VIOLETAS.

La Primavera coronada de flores, se desliza ligera sobre las margaritas de los pra-

dos, haciendo abrirse con su aliento suave los botones del almendro y las corolas de la lila.

Esta deliciosa estacion, precursora de los placeres campestres convida á las niñas á respirar un aire mas puro, una calma mas suave que contrasta con la atmósfera pesada de los salones, que acaban de cerrarse.

Cuando la naturaleza se ha rejuvenecido las golondrinas aparecen como por encanto cruzando el espacio, desplegando sus negras alas, y su blanco cuello que se destaca en el cielo azul.

Miradlas: las coquetas sabiendo que nuestra mano no alcanza á cogerlas, entonan sus alegres trinos, sus cantos de Primavera.

Ellas nos hablan en su charla encantadora: escuchémoslas.

«Nosotras somos, dicen, las mensajeras del buen tiempo: llegamos con las deliciosas auras de Mayo y os dejamos con las destempladas brisas de Octubre.

Nosotras distraemos vuestra imaginacion preocupada describiendo en el aire caprichosos círculos.

Os servimos de almanaque, anunciando el buen tiempo cuando remontamos nuestro vuelo á elevadas regiones, y la lluvia cuando pasamos rozando con nuestra pluma el polvo de las calles.

Dándoos ejemplo de fraternidad prorumpimos en agudos gritos cuando una de nuestras hermanas está en peligro, ó cuando un pájaro extranjero quiere apoderarse de nuestro nido construido á costa de tanto trabajo en el alfaizar de vuestra ventana, y que es para vosotras un presagio de felicidad.

Y que egoistas sois con nosotras.

En Egipto adorais el Ibis, como un ave sagrada, porque destruye los reptiles engendrados por las estancadas aguas del Nilo.

En Europa respetais á la cigüeña que anida en vuestras torres, porque os libra de inmundas lagartijas ó ponzoñosas víboras, y no haceis caso de nosotras que perseguimos á los insectos que devoran el boton de las flores y á los mosquitos que os atormentan, ó interrumpen vuestro sueño.

Acaso si nuestra carne fuese un delicado manjar nos devorariais como haceis con otras aves inocentes.

Sin embargo, nosotras os queremos y volvemos todos los años á los parajes donde hemos fabricado nuestro primer nido. El Oriente con su cielo encantador no es bastante á detenernos, y atravesamos los anchos mares en la primavera para regresar á los sitios que nos vieron nacer, con tal rapidez que en su comparacion son pesados vuestros decantados caminos de hierro.

Vuestra morada es la nuestra; venimos acompañando de una en otra generacion, lo mismo en el tiempo en que el Manzanares no traia agua con que apagar nuestra sed, que hoy que el Lozoya riega abundantemente vuestras calles librándonos del polvo que manchaba vuestros ricos trajes, y nuestra sedosa pluma.

Nosotras, hermosas madrileñas, serémos siempre vuestras hermanas y endulzaremos vuestras penas con nuestro canto, lo mismo en las antiguas bohardillas donde vive estrecha y oprimida la laboriosa costurera, que en los nuevos palacios entre cuyos voluptuosos cortinajes reposa la aristocrática dama.»

CAROLINA SOREL.



MODAS.

Esplicacion del Figurin, núm. 783.

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de seda gris plomo adornado de tiras de tafetan color pensamiento y botones de acero que figuran claveteado.

Falda adornada por tres tiras de tafetan sostenidas de trecho en trecho por botones, cuyas tiras suben por ambos lados marcando delantal, se unen en el talle y se abren de nuevo en el cuerpo rematando en el hombro. *Cuerpo* alto, liso, con talle redondo, y cinturón con hebilla de acero: manga de codo, con tres tiras y botones en el bajo.

Paletot igual al vestido, sin mangas y redondo de adelante: tres tiras con botones de acero le adornan alrededor, y una sola en el cuello y la bocamanga, por la que pasa la manga del vestido.

Sombrero PATTI, de paja de arroz, formado el sombrero de un solo redondo de paja, plegado, según la forma de la cabeza, y adornado de un biés de paja sujeto á un lado con estrella de acero: una barba de tul negro, bordada de oro, parte del borde del ala, se dobla por detrás en gran lazada y descien- de flotante; completando el sombrero dos plumas moradas, una dentro del ala, otra fuera, y bridas blancas.

FIG. 2.^a TRAJE DE CAMPO.—*Vestido* de pelo de cabra ó alpaca muaré, adornado de tafetan azul, entredos de guipure de Cluny, bordado de oro, y botones dorados.

Falda doble, poco mas corta la de encima que la de abajo, adornada ésta con un entredos que sube por las costuras en cartera pequeña, cerrada con botones: la superior lleva abiertas las costuras hasta la mitad, y vueltos los paños en solapa forrados de tafetan azul: un entredos la guarnece tambien.

Cuerpo alto con manga adornada como la falda.

Paletot sin mangas, vueltas las puntas de adelante en solapa, y lo mismo las costuras del costado y la del centro por detrás, forradas tambien de tafetan azul, y guarnecido todo de entredos: hombrera corta y abierta.

Gola de encaje y corbata azul.

Gorra escocesa de seda, cubierta de tul negro moteado de oro, guarnecida de un doble rizado de tul con puntilla de oro: lazo y caidas por detrás de tul moteado, y por delante cabeza y pluma de faisán.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.